

MUSEOS .VE



**CASAS-
MUSEO**
EN VENEZUELA 1

EDICIÓN N° 44



Las casas-museo en Venezuela

Museos.VE, N° 44

Revista digital de divulgación de la museología venezolana

Premio de la Crítica, AICA, 2013. Premio Publicación-Mención Divulgativa

Nuestro propósito es difundir las experiencias que nacen de la reflexión de la museología, praxis museística, investigación académica, las dinámicas los procesos del museo que constituyen su razón de ser: conservar, investigar, comunicar y exhibir el patrimonio cultural y natural de la nación.

Aspiramos ser un espacio de encuentro, una plataforma de diálogo e intercambios entre los profesionales de la museología venezolana y las disciplinas afines como el patrimonio, la gestión, arquitectura, educación, arqueología, ciencia y tecnología, entre otras.

Desde el Comité Editorial los invitamos a participar con sus publicaciones para contribuir, con sus conocimientos y experiencias, al desarrollo de nuestros museos

Edición trimestral. Nueva etapa: mayo-julio, 2022

Una madre en el museo

Elías Castro

En el marco de la Carta de Intención suscrita entre la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV y la Fundación Nelson Sánchez Chapellín, la Escuela de Artes de esta casa de estudios y el Museo de Arte Afroamericano (MAA) llevan a cabo la exposición Madre, el árbol que da leche. Esta muestra evidencia la importancia de la figura materna y su simbología en la cultura africana. La muestra fue inaugurada el sábado 11 de marzo de 2023 en el MAA. Cuenta con pinturas, grabados, dibujos y figuraciones propiciatorias de la fertilidad como muñecas, tallas en madera, y objetos artísticos de diferente naturaleza, en su mayoría de procedencia africana. Ejemplo de lo dicho es la maternidad yoruba que inspira el siguiente adelanto del texto curatorial en desarrollo, interpretada dentro de su contexto histórico, cultural y local, para el disfrute de los lectores.



Madre Ashanti, Ghana. África occidental.

Fotografía: Cortesía del Archivo del Museo de Arte Afroamericano.

El amor a los hijos que nunca mienten

A finales del siglo XVIII, un escocés, llamado Mungo Park viajó por el occidente de África. Desde las tierras de Gambia recorrió territorios de Senegal, Malí, Níger y Nigeria al servicio del Imperio Británico. Este arriesgado aventurero, que a la postre perdería la vida en un segundo viaje, dejó por escrito una rigurosa crónica en la que documentó la vida del África subsahariana, con su impronta islámica. Cual atento etnógrafo, con cierta recurrencia ilustró con su testimonio la vida común del africano de aquellos días, que habitaba en conglomerados urbanos de economía agrícola, o andaba errante en los bordes del desierto. En esa tarea describe la costumbre y la cultura material y espiritual de los pueblos que visita durante su peligrosa travesía y hurga también en las riquezas africanas, para buen provecho de sus patronos imperiales. Sin embargo, si algo desconcertaba a sus anfitriones africanos, por lo general reyes y líderes de pueblos de la más variada estirpe, eran las razones nunca claras y transparentes de sus andanzas por aquellas tierras. Si no era el comercio ¿qué otros motivos justificaban su viaje? Para ese entonces, según sus propias palabras, algunos de esos pueblos nunca habían visto un hombre blanco.

Pero ¿qué tiene que ver Mungo Park con el tema que nos ocupa? Mucho, aunque no porque abunde en el mismo: paradójicamente, su breve, pero atento testimonio sobre el amor maternal es muy elocuente a la hora de describir el sufrimiento de una madre ante la posibilidad cierta de perder a su hijo.

Durante su primer viaje fue testigo de un acontecimiento común en esos tiempos, perpetrado por tribus árabes que ocasionalmente practicaban la rapiña en poblaciones con las que también comercializaban, según propio testimonio de Park. Los ladrones de ganado solían aprovechar la noche para robar algunos bueyes y procurarse el sustento que sus propias costumbres no le garantizaban, pues apenas producían lo necesario para subsistir. En las poblaciones negras de la región centrooccidental africana, de tradición agrícola, eran habituales buenas cosechas gracias a los ricos suelos. Cual apurado etnógrafo -en realidad tenía formación de médico-, Mungo Park documentó la vida cotidiana de los pueblos y reinos asentados en los territorios que recorrió tras la búsqueda del famoso río Níger, cuyo conocimiento era indispensable para los planes colonialistas. Era esta la principal vía de penetración y comercio en esa parte de África. En sus costas se fundaron numerosas factorías que solían pasar de mano en mano, según el predominio o decadencia de la potencia de turno.

Durante una noche, cuenta Park, oyó gran alboroto en Funingkedy, importante ciudad de Kaarta, reino en el que se encontraba durante su viaje hacia el oeste. Los lugareños, agitados, narraban cómo unos ladrones, al abrigo de la noche, robaron unos bueyes, y durante la huida hirieron en una pierna con disparo de fusil a un joven de la aldea que se encontraba de guardia, pues ya era noticia extendida la presencia de estos delincuentes en la zona. Park, como médico, pudo atender a la víctima de tales tropelías, pero en breve constató la gravedad del caso. Su recomendación de amputar la pierna herida del joven

para salvarle la vida horrorizó a los tribulados aldeanos, que en el ínterin se esforzaban tanto por animar al joven y aplacar el sufrimiento de su madre. Llena de dolor, esta esforzada mujer agitaba sus brazos y gritaba: “Nunca dijo una mentira, nunca, nunca” ¿Por qué le daba tanta importancia al acto de no mentir?, se preguntaba nuestro sorprendido cronista. La respuesta a esta interrogante estaba entremezclada en el terreno ético y religioso: los “bushrins” (musulmanes) de Kaarta daban gran importancia a decir la verdad. Los niños eran educados con estos valores desde pequeños, y la madre era una las principales inculcadoras. Y aquí es donde se nos convierte en fundamental el testimonio de Park: da fe de la fuerte vinculación vivencial y afectiva entre la madre africana y su hijo.

La posibilidad de disponer de varias esposas, inducía, advierte Park, a la mayor vinculación de los hijos con sus respectivas madres más que con su padre. Criados por ellas (“agentes” por excelencia de la fertilidad de la tierra) con el amor y el esmero necesarios, la fuerte vinculación madre-hijo favoreció un sentimiento de amor filial mutuo y correspondido. En este punto es inevitable recordar el caso de los reyes del pueblo Edo (los del Benín antiguo), cuyo respeto y veneración por la madre la convertía en el poder tras el poder: no pocos Obas consultaban con su progenitora –bien establecida en casa aparte, con su correspondiente servidumbre- cualquier decisión de grave importancia para los destinos del reino.



Maternidad yoruba en la mesa de trabajo del curador.

Fotografía: Cortesía del Archivo del Museo de Arte Afroamericano.



Torso-máscara de la fertilidad. Cultura Makonde, Mozambique. África Oriental.

Fotografía: Cortesía del Archivo del Museo de Arte Afroamericano.

Una maternidad tallada en madera

El testimonio del viajero europeo que acabamos de referir, y el ámbito religioso y cultural en el que se inserta, es expresión de la importancia del rol materno en la sociedad africana. El arte de los pueblos originarios de esta parte del mundo es prueba palpable de la importancia de la mujer por su rol procreador, como símbolo y agente de la fertilidad y reproducción. Esto atañe a la especie humana, pero también a la tierra. Lograda una buena cosecha, las mujeres del pueblo Matakan, de Camerún, danzan ataviadas según la ocasión, blandiendo sendas hoces con su brazo derecho en alto, mientras con el izquierdo sujetan el seno del mismo lado. A la mujer le corresponde agradecer a los agentes sobrenaturales el éxito de la cosecha. Resultado que tampoco es posible sin ellas.

Como parte de su colección, el MAA conserva, entre muchas otras, una hermosa maternidad tallada en madera, proveniente de las tierras yoruba, a juzgar por sus rasgos estilísticos e iconográficos. La composición de esta pieza artesanal despierta interés, dada la curiosa disposición de quienes la integran: la madre, de rodillas, parece ofrendar un ave a un orisha del panteón yoruba, mientras porta a su hijo sobre su espalda baja. Lo interesante del caso es que el niño queda relegado a un “segundo plano” pues su madre, en lugar de sujetarlo a él, como suele suceder en la representación de las maternidades, sujeta una gallina con sus manos. El papel protagónico es asumido por esta ave doméstica.

Sabemos que entre los pueblos originarios el sujetar el niño a la espalda es práctica común de la madre que trabaja (y fertiliza) la tierra. A pesar de ello, es notorio el rol del ave como componente simbólico fundamental y predominante. No sólo ocupa el frente de la pieza, lugar visual privilegiado: es de mayor tamaño que el niño, semioculto tras la madre ¿Se trata, en efecto, de una pieza ritual, una “escultura de santuario”, denominación asociada a este tipo de figura? Estas “madres oferentes”, de pie o arrodilladas, son frecuentes como subtipo en el rico imaginario sagrado de este pueblo africano.

La maternidad africana es muy variada, como representación visual y como programa iconográfico. En el campo de la madera tallada la creatividad del artista se despliega en poses y actitudes múltiples. Uno, dos, ¡hasta seis hijos! puede contener una maternidad conservada en el MAA caraqueño. Encontramos desde composiciones “simples” (solo madre e hijo) hasta complejos ordenamientos donde se combinan con otros elementos, a veces con sentido utilitario (como en las “maternidades receptáculo”). La ubicación de los niños con relación a la madre es también de lo más variado: sobre su regazo (la más “clásica”), a un lado o en ambos, delante, detrás: cualquier ángulo o lugar es lícito.

Es inevitable, en este contexto, la asociación de la gallina con el tema de la fertilidad y la maternidad. Sabemos de la importancia del gallo en la representación simbólica -y patriarcal- del poder, como sucedió en el Benín antiguo. La sangre de esta ave equivalía a la humana, por ello su importancia en el sacrificio. En las salas del MAA, donde está muy bien representado el arte beninés, abundan los gallos de bronce, finamente decorados con líneas incisas que imitan la pluma del animal. Altivos, solemnes, descansan sobre sócalos bien labrados.

La pieza en análisis se caracteriza por su logrado naturalismo, que sigue las pautas de diseño que enfatizan los volúmenes. La madre, desnuda y con senos prominentes, típicos de la iconografía materna africana, se apoya sobre sus rodillas indisoblamente acoplada al ave. La asociación simbólica es clara: mujer-gallina-madre. Por ello, la obra es un solo bloque unificado, dispuesto sobre una base circular común. Es el círculo simbólico de la maternidad.

ELÍAS CASTRO

Licenciado en Artes

✉ eliascastroucv@gmail.com



Licenciado en Artes con estudios de Postgrado en Estética y en Historia y Teoría del Arte en la Universidad Central de Venezuela. Profesor de la Escuela de Artes de la Universidad Central de Venezuela, adscrito a la Cátedra de Historia del Arte. Jefe (e) del Departamento de Artes Plásticas y Museología. Desde 2015, es el coordinador académico de la Escuela de Artes UCV. Cuenta con amplia experiencia en la docencia, la investigación y la extensión universitaria. Asesor de la Dirección de Cultura de la UCV. Consultor del Consejo Nacional de Universidades. Director (accidental) de Artes Visuales del Consejo Nacional de la Cultura (Conac). Curador de la Colección de Dibujo, Estampa y Fotografía de la Galería de Arte Nacional (GAN). Jurado, curador y organizador de salones de arte y exposiciones colectivas. Curador invitado del Museo de Arte Afroamericano de Caracas (MAA)